

[DE CORREPTIONE ET GRATIA.]

VALENTINO A AGUSTÍN, DESPUÉS DEL LIBRO SOBRE LA GRACIA Y EL LIBRE ALBEDRÍO Y SUS CARTAS ANTERIORES, EPÍSTOLA, ENTRE LAS DE AGUSTÍN CCXVI.

Al señor verdaderamente santo, y para nosotros venerablemente preferido sobre todo, y con piadosa exultación venerado, beatísimo papa AGUSTÍN, VALENTINO, siervo de tu Santidad, y toda la congregación que con mis oraciones espera en el Señor, salud.

1. Recibimos tus venerables escritos y el libro de tu Santidad con un corazón tembloroso, tal como el bienaventurado Elías, cuando estaba en la entrada de la cueva, cubrió su rostro al pasar la gloria del Señor; así nosotros cubrimos nuestros ojos avergonzados, porque nos sonrojamos por el juicio de nuestros hermanos rústicos, cuya desordenada partida temimos que saludara a tu Beatitud; porque hay un tiempo para hablar y un tiempo para callar, no sea que al escribir por los que dudan y fluctúan sobre la verdad, pareciéramos dudar con los que dudan de las palabras de tu sabiduría, que es como la de un ángel de Dios. No nos era necesario preguntar sobre la Beatitud y tu sabiduría, que nos es conocida por la gracia del Señor. Pues al libro de tu dulcísima Santidad nos hemos alegrado tan vivamente, como los Apóstoles al ver al Señor resucitado comiendo con ellos, no se atrevían a preguntar quién era; sabían que era Jesús (Juan XXI, 12): así nosotros tampoco quisimos ni nos atrevimos a preguntar sobre el libro, si era de tu Santidad: ya que la misma gracia de los fieles que en él se encomia liberalmente, nos testifica con vivacísimos elocuencias que es tuyo, señor santo papa.

2. Comencemos, sin embargo, señor beatísimo papa, a exponer el orden de la perturbación. Nuestro queridísimo hermano Florus, siervo de tu Paternidad, cuando fue a la patria de Uzal por consejo de la caridad, trajo al monasterio, durante su estancia en su ciudad, elogios de las obras de tu Santidad, con un hermano Félix, que se sabe llegó tarde a tu Santidad después de sus compañeros, dictando devotamente el mismo libro; se llegó al monasterio con el mismo librito, mientras el hermano Florus partía de la ciudad de Uzal hacia Cartago. Sin mostrarme el libro, comenzaron a recitarlo a los hermanos ignorantes: lo cual conmovió los corazones de algunos que no entendían; porque, así como cuando el Señor dijo: "El que no coma la carne del Hijo del hombre, ni beba su sangre, no tendrá vida en sí mismo" (Juan VI, 54), se apartaron los que entendieron impiamente, no por culpa del Señor que hablaba, sino por la dureza de un corazón impiísimo.

3. Comenzaron los hermanos mencionados, que trastornaron todo, a conmovier las almas de los inocentes, sin que mi pequeñez lo supiera en absoluto, hasta el punto de que, sin saber del murmullo de su reunión, si el hermano Florus no hubiera regresado de Cartago y me hubiera informado diligentemente de sus perturbaciones, había entre ellos una contienda furtiva y como servil sobre la verdad no entendida. Propuse, para eliminar las impías cuestiones, que enviáramos al santo padre Evodio, y él nos escribiera algo más cierto sobre este sacrosanto libro para los ignorantes. Pero no quisieron aceptar esto pacientemente, sino que emprendieron un viaje que no deseábamos de tal manera: el hermano Florus casi perturbado por su furia, contra quien se enfurecían, porque pensaban que él les había traído las heridas de este libro; en el cual los enfermos no podían reconocer la medicina. Por lo cual también rogamos al santo presbítero Sabino para mayor autoridad, y su Santidad leyó el libro con claras interpretaciones; pero ni así se curó el alma herida. A estos, por la misma piedad, les dimos recursos, para no acumular sus heridas, que la gracia del libro mismo podría sanar, en la cual resplandece tu santa presencia. Con su partida, la paz y el gozo exultaron en el Señor

entre todos los hermanos. Pues esta contienda nació de la animosidad de cinco o más hermanos.

4. Pero porque a veces, señor papa, surge el gozo de la tristeza, no nos entristecemos tanto, porque por los ignorantes y curiosos merecimos ser iluminados por las suavísimas advertencias de tu Santidad. Pues también la duda del bienaventurado apóstol Tomás, buscando las marcas de los clavos (Juan XX, 25), fue confirmación de la Iglesia universal. Recibimos, por tanto, señor papa, el medicamento de tus piadosas curaciones con la gracia de tus cartas, y golpeamos nuestros pechos; para que así al menos se sane nuestra conciencia, que por nuestro libre albedrío, que la misericordia concede, la gracia cura y vivifica: pero en este tiempo, cuando aún cantamos misericordia con dilación. Pues cuando comencemos a cantar juicio al Señor, recibiremos la recompensa por nuestra obra, porque el Señor es misericordioso y justo, compasivo y recto (Salmo CXI, 4). Porque, como nos enseña tu Santidad, debemos ser presentados ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo (II Cor. V, 10): porque vendrá el Señor, y su recompensa con él (Isaías XL, 10): porque el hombre estará, y su obra ante él: porque vendrá el Señor como un horno ardiente, para quemar a los impíos como paja (Joel II, 3, 5), y a los que temen el nombre del Señor les nacerá el sol de justicia, cuando los impíos sean castigados con el juicio de justicia (Malaquías IV, 1-3). Esto exclama el justo, de quien tú eres amigo, señor papa, tiembla, y dice suplicante: Señor, no entres en juicio con tu siervo (Salmo CXLII, 2). Si la gracia fuera del que recompensa, el justo no temería el juicio secreto de la majestad. Esta es la fe de tu siervo Florus, padre, no como estos hermanos han hablado. En el presente le oyeron decir, no que el don de la piedad se da según nuestros méritos, sino por la gracia del Redentor: pues de aquel día, ¿quién duda que la gracia está lejos, cuando comience a enojarse la justicia? Esto clamamos, padre; esto cantamos enseñados por ti, no seguros, sino temblorosos: Señor, no me reprendas en tu ira, ni me castigues en tu furor (Salmo VI, 2). Esto decimos: Corrígenos, Señor, y enséñanos de tu ley para que nos mitigue de los días malos (Salmo XCIII, 12, 13). Esto creemos, enseñados por ti, venerable padre, porque el Señor interroga al justo y al impío, porque a los buenos y malos colocados a la derecha y a la izquierda les imputa las obras de piedad que deben ser recompensadas, enumera la tenacidad de la impiedad que debe ser castigada. ¿Dónde estará la gracia, cuando por su calidad se pesen las obras, sean buenas o malas?

5. Pero, ¿por qué no teme ser pronunciada una mentira directa? No negamos que el libre albedrío es curado por la gracia de Dios: pero creemos que progresa por la gracia diaria de Cristo, y confiamos en ser ayudados. ¿Qué dicen los hombres, Está en mi poder hacer el bien? si al menos los hombres hicieran el bien. ¡Oh vana jactancia de los miserables! diariamente los pecados los acusan, y ellos mismos se atribuyen el libre albedrío desnudo; no examinando su conciencia, que no puede ser curada sino por la gracia, para que dijeran: Ten misericordia de mí, sana mi alma, porque he pecado contra ti (Salmo XL, 5). ¿Qué harían, los que se glorían en el libre albedrío (que no se niega, con la ayuda de Dios), si ya la muerte hubiera sido absorbida en victoria, si ya lo mortal nuestro hubiera revestido inmortalidad, y lo corruptible nuestro hubiera revestido incorrupción (I Cor. XV, 53, 54)? He aquí que las heridas apestan, y se pide medicina con soberbia. No dicen como el justo, Si el Señor no me hubiera ayudado, casi habría habitado mi alma en el infierno (Salmo XCIII, 17). No dicen como el santo, Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda (Salmo CXXVI, 1).

6. Pero ora, piadosísimo padre, para que ya no nos preocupemos, sino por expiar nuestro pecado con lágrimas, y encomendar la gracia de Dios. Ora, señor padre, para que no nos cubra el pozo su boca (Salmo LXVIII, 16), para que seamos salvados de los que descienden

al abismo (Salmo XXIX, 4), para que nuestra alma no perezca con los impíos (Salmo XXV, 9) por nuestra soberbia, sino que sea sanada por la gracia del Señor. Así pues, como has ordenado, señor papa, nuestro hermano Florus, siervo de tu Santidad, partió con toda diligencia, a quien no le impide, sino que le aprovecha la fatiga, para que le llegue la instrucción iluminada del corazón; a quien suplicamos humildemente que recomiendes a tu Santidad, y también pedimos que encomiendes al Señor con tus oraciones a los ignorantes para que sean compuestos mansamente. Ora, señor y dulcísimo padre, para que el diablo huya de nuestra congregación, y quitada toda tormenta de cuestiones ajenas, la nave de nuestro propósito, cargada de remeros de quietud, permanezca segura en el puerto más seguro, mientras navega por este mar grande e inmenso, y en aquel puerto, dentro del cual ya no será temido el navío de la vida, reciba el precio indiscriminado de las mercancías deseadas. Esto confiamos obtener con la ayuda de tu Santidad, por la gracia que está en Cristo Jesús nuestro Señor. A todos los hijos de tu apostolado, nuestros señores clérigos, y a los santos que sirven en la congregación del propósito, te rogamos que te dignes saludar en nuestro nombre, para que con tu Beatitud todos se dignen orar por nosotros. La Trinidad indiscriminada del Señor nuestro Dios conserve tu apostolado, que eligió por gracia, en su Iglesia, y te corone en la gran Iglesia, que deseamos, señor. Si algo sugiere el hermano Florus, siervo de tu Santidad, sobre la regla del monasterio, te pedimos, padre, que te dignes recibirlo con gusto, y en todo nos instruyas a nosotros, los débiles.

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LA CORRECCIÓN Y LA GRACIA AL MISMO VALENTINO Y CON ÉL A LOS MONJES DE ADRUMETO Un libro. (C)

Al principio dice cuál es la fe católica sobre la ley, el libre albedrío y la gracia. Enseña que la gracia de Dios por Jesucristo es aquella por la cual los hombres son liberados del mal, y sin la cual no hacen absolutamente ningún bien, no solo mostrando lo que debe hacerse, sino también otorgando que lo hagan con amor, cuando Dios les concede la inspiración de la buena voluntad y obra. La corrección de los hombres malos, que no han recibido esta gracia, no es injusta, ya que son malos por su propia voluntad; ni inútil, aunque hay que admitir que solo por Dios se hace que sea útil. La perseverancia en el bien es realmente un gran don de Dios: sin embargo, no por eso debe ser descuidada la corrección de quien no persevera; y quien, al no recibir este don, por su propia voluntad ha recaído en el pecado, es digno no solo de corrección, sino también de condenación eterna si permanece en el mal hasta la muerte. Por qué uno recibe este don y otro no, es inescrutable. Ninguno de los predestinados puede perecer: y por tanto, la perseverancia, que no todos reciben los que aquí son llamados hijos de Dios, se da a todos los que son verdaderamente hijos por la presciencia y predestinación de Dios. Responde a la cuestión que se ofrece sobre Adán, cómo él pecó al no perseverar, quien no recibió la perseverancia. Muestra que a él se le dio tal ayuda al principio, sin la cual no podría permanecer en el bien si quisiera, no para que quisiera: ahora, sin embargo, por Cristo se da, no solo sin la cual no podemos permanecer en el bien, incluso si quisiéramos, sino también tanto y tal, que hace que queramos. Prueba que el número de los predestinados, a quienes es propio este don, es cierto y no puede ser aumentado ni disminuido: y como es desconocido quién pertenece a ese número y quién no, debe aplicarse la corrección medicinal a todos los que pecan, para que no perezcan ellos mismos ni hagan perecer a otros. Concluye finalmente, que la gracia no prohíbe la corrección, ni la corrección niega la gracia.

CAPÍTULO PRIMERO.

1. Leídas vuestras cartas, querido hermano Valentino, y vosotros que servís a Dios junto con él, que vuestra Caridad envió por el hermano Florus y los que vinieron con él, di gracias a

Dios, porque conocí por vuestro discurso devuelto vuestra paz en el Señor, y vuestra concordia en la verdad, y vuestro fervor en la caridad. Pero lo que el enemigo intentó para la subversión de algunos entre vosotros, por la misericordia de Dios y su maravillosa bondad convirtiendo sus insidias en el progreso de sus siervos, más bien sirvió para que ninguno de vosotros fuera destruido para peor, sino que algunos fueran instruidos para mejor. No es necesario, por tanto, volver a tratar todo lo que os enviamos suficientemente discutido en un libro completo (Libro sobre la Gracia y el Libre Albedrío): el cual, cómo lo habéis recibido, lo indican vuestras cartas de respuesta. Sin embargo, no penséis que leído una vez pudo seros suficientemente conocido. Si, pues, queréis tenerlo fructuosísimo, no os canséis de releerlo para tenerlo muy conocido, para que sepáis con toda diligencia a qué cuestiones y de qué tipo, no responde allí la autoridad humana, sino la divina, de la cual no debemos apartarnos, si queremos llegar a donde nos dirigimos.

2. El mismo Señor, además, no solo nos muestra de qué mal debemos apartarnos, y qué bien debemos hacer, lo cual solo puede la letra de la ley: sino que también nos ayuda, para que nos apartemos del mal, y hagamos el bien (Salmo XXXVI, 27), lo cual nadie puede sin el espíritu de gracia: que si falta, la ley está presente para hacer culpables y matar. Por lo cual dice el Apóstol, La letra mata, pero el espíritu vivifica (II Cor. III, 6). Quien, por tanto, usa legítimamente la ley, aprende en ella el mal y el bien, y no confiando en su propia virtud, recurre a la gracia, que al concederle apartarse del mal, y hacer el bien. Pero, ¿quién recurre a la gracia, sino cuando los pasos del hombre son dirigidos por el Señor, y él quiere su camino (Salmo XXXVI, 23)? Por lo tanto, también desear la ayuda de la gracia, es el comienzo de la gracia: de lo cual dijo aquel, Y dije: Ahora comienzo; este es el cambio de la diestra del Altísimo (Salmo LXXVI, 11). Por tanto, debemos confesar que tenemos libre albedrío tanto para hacer el mal como el bien: pero en hacer el mal, cada uno es libre de justicia y siervo del pecado; en el bien, nadie puede ser libre, a menos que sea liberado por aquel que dijo, Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 36). No de tal manera que, cuando alguien ha sido liberado del dominio del pecado, ya no necesite la ayuda de su libertador: sino más bien, para que oyendo de él, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5); le diga también él, Sé mi ayudador, no me abandones (Salmo XXVI, 9). Esta fe, que sin duda es la verdadera y profética y apostólica y católica fe, también me alegro de haber encontrado en nuestro hermano Florus: por lo cual más bien deben ser corregidos aquellos, que propicio Dios ya creo que están corregidos, que no lo entendían.

CAPÍTULO II.

3. Debe entenderse, pues, la gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor, por la cual sola los hombres son liberados del mal, y sin la cual no hacen absolutamente ningún bien, ya sea pensando, queriendo y amando, o actuando: no solo para que, mostrándoles ella lo que debe hacerse, lo sepan, sino también para que, otorgándoles ella, lo hagan con amor. Esta inspiración de la buena voluntad y obra pedía el Apóstol para aquellos a quienes decía, Oramos a Dios, que no hagáis nada malo, no para que nosotros aparezcamos aprobados, sino para que vosotros hagáis lo que es bueno (II Cor. XIII, 7). ¿Quién oye esto, y no despierta, y confiesa que es del Señor Dios para nosotros, que nos apartemos del mal, y hagamos el bien? Pues no dijo el Apóstol, Amonestamos, enseñamos, exhortamos, reprendemos: sino que dijo, Oramos a Dios, que no hagáis nada malo, sino que hagáis lo que es bueno. Y sin embargo, también les hablaba, y hacía todas aquellas cosas que mencioné; amonestaba, enseñaba, exhortaba, reprendía: pero sabía que todas estas cosas no valían, que plantando y regando hacía abiertamente, a menos que aquel que da el incremento en secreto lo escuchara orando por ellos. Porque como dice el mismo doctor de los gentiles, Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el incremento (I Cor. III, 7).

4. No se engañen, pues, los que dicen, "¿Para qué se nos predica y se nos manda, que nos apartemos del mal y hagamos el bien, si no lo hacemos nosotros, sino que Dios obra en nosotros el querer y el obrar?" (Filip. II, 13). Sino más bien entiendan, si son hijos de Dios, que son guiados por el Espíritu de Dios (Rom. VIII, 14), para que hagan lo que debe hacerse; y cuando lo hagan, den gracias a aquel por quien lo hacen. Son guiados para que hagan, no para que ellos no hagan nada; y para esto se les muestra lo que deben hacer, para que cuando lo hagan como debe hacerse, es decir, con amor y deleite en la justicia, se alegren de haber recibido la dulzura que el Señor dio, para que su tierra diera su fruto (Salmo LXXXIV, 13). Cuando, sin embargo, no lo hacen, ya sea no haciendo en absoluto, o no haciéndolo por caridad; oren, para que reciban lo que aún no tienen. Pues, ¿qué tendrán, que no recibirán? o ¿qué tienen, que no han recibido? (I Cor. IV, 7).

CAPÍTULO III.

5. «Entonces,» dicen, «que nos indiquen solamente qué debemos hacer quienes nos gobiernan, y que oren por nosotros para que lo hagamos: pero que no nos corrijan ni nos reprendan si no lo hacemos.» Al contrario, que se haga todo: porque los Apóstoles, doctores de las Iglesias, hacían todo, y mandaban lo que debía hacerse, y corregían si no se hacía, y oraban para que se hiciera. El Apóstol manda diciendo: Que todo lo vuestro se haga con caridad (1 Cor. XVI, 14). Reprende diciendo: Ya es en verdad un defecto en vosotros, que tenéis pleitos entre vosotros. ¿Por qué no sufrís más bien la injusticia? ¿Por qué no os dejáis más bien defraudar? Pero vosotros cometéis injusticia y defraudáis, y esto a los hermanos. ¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? (1 Cor. VI, 7-9). Escuchemos también al que ora: Vosotros, dice, que el Señor os multiplique y os haga abundar en caridad unos con otros y con todos (1 Tes. III, 12). Manda que se tenga caridad: reprende porque no se tiene caridad: ora para que abunde la caridad. Oh hombre, en el mandato reconoce lo que debes tener; en la corrección reconoce que por tu culpa no lo tienes; en la oración reconoce de dónde recibir lo que deseas tener. CAPÍTULO IV.

6. «¿Cómo,» dice, «por mi culpa no se tiene lo que no he recibido de aquel, de quien si no se da, no hay absolutamente otro de quien se pueda tener tal y tan gran don?» Permitidme un poco, hermanos míos, no contra vosotros, cuyo corazón es recto con Dios, sino contra aquellos que piensan en cosas terrenales, o contra los mismos pensamientos humanos, luchar por la verdad de la gracia celestial y divina. Esto dicen quienes no quieren ser corregidos por los predicadores de esta gracia en sus malas obras: «Indícame qué debo hacer: y si lo hago, gracias a Dios por mí, que me dio para que lo hiciera; pero si no lo hago, no debo ser corregido, sino que se debe orar para que dé lo que no dio, es decir, la misma caridad fiel de Dios y del prójimo por la cual se cumplen sus mandamientos. Ora, pues, por mí para que la reciba, y por ella haga de corazón con buena voluntad lo que manda. Pero sería correcto que me corrigieran si por mi culpa no la tuviera; esto es, si pudiera darme o tomarme a mí mismo, y no lo hiciera, o si, dándola él, yo no quisiera recibirla. Pero siendo que incluso la voluntad es preparada por el Señor (Prov. VIII, según LXX), ¿por qué me corriges, porque ves que no quiero hacer sus mandamientos; y no más bien le ruegas a él, para que en mí opere también el querer?»

CAPÍTULO V.

7. A esto respondemos: Cualquiera que ya conoces los mandamientos de Dios y no los haces, y no quieres ser corregido, también por eso debes ser corregido, porque no quieres ser

corregido. No quieres que se te muestren tus vicios: no quieres que sean heridos, y que te cause un dolor útil, por el cual busques al médico: no quieres que se te muestre a ti mismo, para que cuando te veas deforme, desees al reformador, y le supliques que no permanezcas en esa fealdad. Porque tu vicio es que eres malo, y un vicio mayor es no querer ser corregido porque eres malo: como si los vicios debieran ser alabados o considerados indiferentes, para que ni se alaben ni se vituperen; o en verdad no haga nada el temor del hombre corregido, o la vergüenza, o el dolor; o haga otra cosa, cuando salubrementemente estimula, sino que se ruegue al bueno, y de los malos que son corregidos, haga buenos que sean alabados. Porque lo que quiere que se haga por él quien no quiere ser corregido, y dice, Ora más bien por mí; por eso debe ser corregido, para que también él haga por sí mismo. Porque aquel dolor, por el cual se desagrada a sí mismo, cuando siente el aguijón de la corrección, lo excita a un mayor afecto de oración; para que, con la misericordia de Dios, ayudado por el incremento de la caridad, deje de hacer cosas vergonzosas y dolorosas, y haga cosas dignas de alabanza y gratitud. Esta es la utilidad de la corrección, que ahora mayor, ahora menor, se aplica salubrementemente según la diversidad de los pecados; y es salubre cuando el médico supremo mira. Porque no aprovecha nada, a menos que haga que cada uno se arrepienta de su pecado. ¿Y quién da esto, sino aquel que miró al apóstol Pedro negando, y lo hizo llorar (Luc. XXII, 61, 62)? Por eso también el apóstol Pablo, después de haber dicho que con modestia deben ser corregidos los que piensan de manera diferente, añadió enseguida, No sea que Dios les conceda el arrepentimiento para conocer la verdad, y se liberen de los lazos del diablo (II Tim. II, 25, 26).

8. Pero, ¿por qué estos que no quieren ser corregidos, dicen, «Solo indícame, y ora por mí, para que haga lo que indicas?» ¿Por qué no más bien, según su perverso sentido, rechazan también estas dos cosas, y dicen, Ni quiero que me indiques, ni que ores por mí? ¿Quién de los hombres se muestra que haya orado por Pedro, para que Dios le diera el arrepentimiento, por el cual lloró haber negado al Señor? ¿Quién de los hombres instruyó a Pablo en los mandamientos divinos referentes a la fe cristiana? Cuando, por tanto, se le escuchaba predicando el Evangelio, y diciendo, Os hago saber, hermanos, el Evangelio que os fue evangelizado por mí, que no es según hombre; porque ni yo lo recibí de hombre, ni lo aprendí, sino por revelación de Jesucristo (Gál. I, 11, 12): se le respondería, ¿Por qué nos molestas, para que recibamos y aprendamos de ti, lo que tú no recibiste ni aprendiste de hombre? Poderoso es aquel que te lo dio, así también dárnoslo a nosotros como a ti. Pero si no se atreven a decir esto, sino que sufren que el Evangelio les sea predicado por hombre; aunque también pueda no ser dado por hombre al hombre, concedan también que deben ser corregidos por sus superiores, de quienes se predica la gracia cristiana; aunque no se niegue que Dios puede, a quien quiera, incluso sin que ningún hombre corrija, corregir, y llevar al dolor saludable del arrepentimiento con el poder más oculto y poderoso de su medicina. Y así como no se debe cesar de orar por aquellos que queremos corregir, aunque sin que ningún hombre orara por Pedro, el Señor lo miró, y lo hizo llorar su pecado: así no se debe descuidar la corrección, aunque Dios a quienes quiera, incluso no corregidos, los haga ser corregidos. Pero el hombre progresa con la corrección, cuando se compadece y ayuda, quien hace que quienes quiera, incluso sin corrección, progresen. Pero por qué estos así, aquellos de otra manera, y otros de otra manera, son llamados de diversas e innumerables maneras para ser reformados, lejos esté que digamos que el juicio debe ser del barro, sino del alfarero.

CAPÍTULO VI.

9. «El Apóstol,» dicen, «dice, ¿Quién te distingue? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor. IV, 7). ¿Por qué, entonces, somos corregidos, reprendidos, acusados? ¿Qué hacemos, quienes no hemos recibido?» Quienes dicen esto, quieren parecer fuera de culpa, en esto que no obedecen a

Dios: porque ciertamente esa obediencia es su don; que necesariamente debe estar en aquel en quien está la caridad, que sin duda es de Dios (1 Juan IV, 7), y el Padre la da a sus hijos. «Esta,» dicen, «no la hemos recibido; ¿por qué, entonces, somos corregidos, como si pudiéramos dárnosla a nosotros mismos, y no quisiéramos darla por nuestro arbitrio?» No atienden, si aún no han sido regenerados, que la primera causa, por la cual deben desagradarles ser reprendidos por ser desobedientes a Dios, es porque Dios hizo al hombre recto desde el principio de la creación humana (Ecl. VII, 30), y no hay iniquidad en Dios (Rom. IX, 14). Y por tanto, la primera maldad por la cual no se obedece a Dios, es del hombre; porque cayendo de la rectitud en la que Dios lo hizo al principio, por su mala voluntad, se hizo malo. ¿O acaso por eso no debe ser corregida esta maldad en el hombre, porque no es propia de quien es corregido, sino común a todos? Más bien, que se corrija en cada uno, lo que es de todos. Porque no por eso no es de alguien, porque nadie está libre de ella. Estos pecados originales se llaman ajenos, porque cada uno los trae de sus padres: pero no sin razón se llaman también nuestros, porque en aquel uno todos, como dice el Apóstol, pecaron (Rom. V, 12). Que se corrija, pues, el origen condenable, para que del dolor de la corrección surja la voluntad de la regeneración: si, sin embargo, quien es corregido es hijo de la promesa, para que con el ruido de la corrección resonando y flagelando externamente, Dios en él opere internamente con inspiración oculta el querer. Pero si ya regenerado y justificado recae en mala vida por su voluntad, ciertamente este no puede decir, No he recibido: porque la gracia de Dios recibida la perdió con su libre albedrío para el mal. Si, compungido por la corrección, gime saludablemente, y vuelve a las buenas obras similares o incluso mejores; ciertamente aquí aparece clarísimamente la utilidad de la corrección. Pero por el hombre, la corrección, ya sea que sea por caridad, ya sea que no lo sea, sin embargo, para que al corregido le aproveche, no se hace sino por Dios.

10. ¿O aún este que no quiere ser corregido, puede decir, «¿Qué he hecho yo, que no he recibido?» a quien consta que ha recibido, y por su culpa perdió lo que había recibido? «Puedo,» dice, «puedo en verdad, cuando me acusas de haber recaído de buena vida en mala por mi voluntad, decir aún, ¿Qué he hecho yo, que no he recibido? Porque recibí la fe, que obra por el amor: pero en ella hasta el fin no recibí la perseverancia. ¿O se atreverá alguien a decir que esta perseverancia no es un don de Dios, y que este bien tan grande es nuestro, de modo que quien lo tenga, no pueda el Apóstol decirle, ¿Qué tienes que no hayas recibido? porque lo tiene como si no lo hubiera recibido?» A esto no podemos negar, que incluso la perseverancia en el bien hasta el fin, es un gran don de Dios: ni que sea sino de aquel de quien está escrito, Todo buen regalo y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces (Santiago I, 17). Pero no por eso debe ser descuidada la corrección de quien no ha perseverado, no sea que Dios le conceda el arrepentimiento, y se libere de los lazos del diablo. Porque a la utilidad de la corrección añadió el Apóstol esta sentencia, diciendo, como recordé antes: Con modestia corrigiendo a los que piensan de manera diferente, no sea que Dios les conceda el arrepentimiento (II Tim. II, 26, 25). Porque si dijéramos que esta perseverancia tan loable y tan feliz es del hombre, de modo que no sea de Dios; primero anulamos aquello que el Señor dijo a Pedro, Yo he rogado por ti, para que no falte tu fe (Luc. XXII, 32). ¿Qué le rogó, sino la perseverancia hasta el fin? Que ciertamente si fuera del hombre para el hombre, no sería necesario pedirla a Dios. Luego, cuando el Apóstol dice, Oramos a Dios, para que no hagáis nada malo (II Cor. XIII, 7); sin duda ora a Dios por su perseverancia. Porque no hace nada malo quien abandona el bien, y de quien debe apartarse, se inclina al mal, no perseverando en el bien. También en aquel lugar donde dice, Doy gracias a mi Dios en toda memoria vuestra, siempre en toda mi oración por todos vosotros haciendo súplica con gozo, por vuestra comunión en el Evangelio desde el primer día hasta ahora; confiando en esto mismo, que el que comenzó en vosotros la buena obra, la

perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús (Filip. I, 3-6): ¿qué otra cosa promete de la misericordia de Dios, sino la perseverancia en el bien hasta el fin? Asimismo, donde dice, Os saluda Epafras, que es de vosotros, siervo de Cristo Jesús, siempre luchando por vosotros en oraciones, para que estéis perfectos y llenos en toda voluntad de Dios (Col. IV, 12): ¿qué es, para que estéis, sino, Para que perseveréis? De donde se dijo del diablo, No permaneció en la verdad (Juan VIII, 44): porque estuvo allí, pero no permaneció. Pues ciertamente estos ya estaban en la fe. Ni otra cosa oramos, cuando oramos, para que quien está, esté, sino para que persevere. También Judas apóstol, cuando dice, A aquel que es poderoso para guardaros sin ofensa, y presentaros ante la presencia de su gloria sin mancha en alegría (Judas 24): ¿no muestra clarísimamente que es don de Dios perseverar en el bien hasta el fin? Porque ¿qué otra cosa dona, quien guarda sin ofensa, para presentar ante la presencia de su gloria sin mancha en alegría, sino la buena perseverancia? ¿Qué es también lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles, Oyendo esto, los gentiles se alegraron, y glorificaron la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna (Hechos XIII, 48)? ¿Quién pudo ser ordenado para vida eterna, sino por el don de la perseverancia? Porque quien persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22). ¿Con qué salvación, sino eterna? Cuando en la oración dominical decimos a Dios Padre, Santificado sea tu nombre (Mat. VI, 9): ¿qué otra cosa decimos, sino que su nombre sea santificado en nosotros? Lo cual, cuando ya se ha hecho por el lavacro de la regeneración, ¿por qué se pide diariamente por los fieles, sino para que en lo que se ha hecho en nosotros, perseveremos? Pues también el bienaventurado Cipriano lo entiende así: exponiendo esa misma oración, dice, «Decimos, Santificado sea tu nombre; no porque deseemos a Dios que sea santificado por nuestras oraciones; sino porque pedimos a Dios que su nombre sea santificado en nosotros. Porque de otro modo, ¿quién santifica a Dios, que él mismo santifica? Pero porque él dijo, Sed santos, porque yo soy santo (Lev. XIX, 2); eso pedimos y rogamos, para que quienes hemos sido santificados en el Bautismo, perseveremos en lo que hemos comenzado a ser.» He aquí que el gloriosísimo Mártir siente esto, que en estas palabras diariamente los fieles de Cristo piden, para que perseveren en lo que han comenzado a ser. Sin que nadie dude, quienquiera que ruega al Señor para que persevere en el bien, confiesa que tal perseverancia es su don.

CAPÍTULO VII.

11. Siendo así las cosas, sin embargo, corregimos a aquellos; y justamente corregimos a quienes, habiendo vivido bien, no perseveraron en ello. Porque de buena vida se cambiaron a mala por su voluntad: y por eso con corrección; y si la corrección no les aprovecha nada, sino que perseveran en la vida perdida hasta la muerte, también son dignos de eterna condenación divina. Ni se excusarán diciendo, como ahora dicen, ¿Por qué somos corregidos? así entonces, ¿Por qué somos condenados, puesto que para volver del bien al mal, no recibimos la perseverancia para permanecer en el bien? de ninguna manera con esta excusa se liberarán de la justa condenación. Porque si, como dice la verdad, nadie se libera de la condenación que se hizo por Adán, sino por la fe en Jesucristo; y sin embargo de esta condenación no se liberarán quienes puedan decir que no escucharon el Evangelio de Cristo, cuando la fe viene por el oír (Rom. X, 17): cuánto menos se liberarán quienes dirán, No recibimos la perseverancia. Porque más justa parece la excusa de quienes dicen, No recibimos la audición, que de quienes dicen, No recibimos la perseverancia: porque se puede decir, Hombre, en lo que oíste y mantuviste, en eso perseverarías si quisieras; de ninguna manera se puede decir, Lo que no oíste, lo creerías si quisieras.

12. Por tanto, tanto quienes no han oído el Evangelio, como quienes, habiéndolo oído, cambiados a mejor no recibieron la perseverancia, y quienes, habiendo oído el Evangelio, no quisieron venir a Cristo, esto es, creer en él, porque él mismo dijo; Nadie viene a mí, si no le

fuere dado por mi Padre (Juan VI, 66), y quienes por edad pequeña no pudieron creer, sino que solo podían ser absueltos de la culpa original por el lavacro de la regeneración, que sin embargo no recibido murieron y perecieron; no están separados de aquella masa de perdición, que se sabe que está condenada, yendo todos de uno a condenación. Pero se distinguen no por sus méritos; sino por la gracia del Mediador; esto es, justificados gratuitamente en la sangre del segundo Adán. Así que cuando escuchamos, ¿Quién te distingue? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor. IV, 7), debemos entender que de aquella masa de perdición que se hizo por el primer Adán, nadie puede ser distinguido, sino quien tiene este don, quienquiera que lo tenga, que recibió de la gracia del Salvador. Este testimonio apostólico es tan grande, que el bienaventurado Cipriano escribiendo a Quirino, lo subrayó bajo aquel título, en el que dice, En nada hay que gloriarse, cuando nada es nuestro (Libro 3 de los Testimonios, título o cap. 4).

13. Por tanto, aquellos que han sido separados de esa condenación original por la generosidad de la gracia divina, no cabe duda de que se les procura escuchar el Evangelio y, al escucharlo, creen; y en la fe que obra por el amor (Gálatas V, 6), perseveran hasta el fin; y si alguna vez se desvían, son corregidos y enmendados, y algunos de ellos, aunque no sean corregidos por los hombres, regresan al camino que habían abandonado; y no pocos, al recibir la gracia, en cualquier edad, son apartados de los peligros de esta vida por la rapidez de la muerte. Todo esto lo obra en ellos quien los ha hecho vasos de misericordia, quien los eligió en su Hijo antes de la fundación del mundo por la elección de la gracia. Pero si es por gracia, ya no es por obras; de lo contrario, la gracia ya no sería gracia (Romanos XI, 6). No fueron llamados de tal manera que no fueran elegidos; por eso se dijo: Muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mateo XX, 16): sino que, como fueron llamados según el propósito, ciertamente también fueron elegidos por la elección, como se ha dicho, de la gracia, no por sus méritos precedentes; porque para ellos la gracia es todo mérito.

14. De tales personas dice el Apóstol: Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados: porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó (Romanos VIII, 28-30). De estos, ninguno perece, porque todos son elegidos. Son elegidos, porque fueron llamados según el propósito: el propósito, sin embargo, no es el suyo, sino el de Dios; de lo cual dice en otro lugar: Para que el propósito de Dios según la elección permaneciera, no por las obras, sino por el que llama, se le dijo que el mayor serviría al menor (Id. IX, 11-13): y en otro lugar, No según nuestras obras, dice, sino según su propósito y gracia (II Tim. I, 9). Por tanto, cuando escuchamos: A los que predestinó, a éstos también llamó; debemos reconocer que fueron llamados según el propósito: porque comenzó diciendo, Todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados; y luego añadió, Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos; y habiendo dicho esto, añadió, A los que predestinó, a éstos también llamó. Por lo tanto, quiere que se entienda que son aquellos a quienes llamó según el propósito; para que no se piense que entre ellos hay algunos llamados y no elegidos, debido a aquella sentencia del Señor, Muchos son llamados, pero pocos elegidos. Porque todos los que son elegidos, sin duda también son llamados: pero no todos los que son llamados, son consecuentemente elegidos. Por tanto, aquellos son elegidos, como se ha dicho muchas veces, que son llamados según el propósito, que también son predestinados y conocidos de antemano. Si alguno de ellos perece, Dios es engañado: pero ninguno de ellos perece, porque Dios no es engañado. Si

alguno de ellos perece, Dios es vencido por el defecto humano: pero ninguno de ellos perece, porque Dios no es vencido por nada. Son elegidos para reinar con Cristo; no como Judas fue elegido para la obra que le correspondía. Porque fue elegido por aquel que sabe usar bien incluso a los malos, para que también por su obra condenable, se cumpliera la obra venerable por la cual él mismo había venido. Por tanto, cuando escuchamos, ¿No he elegido yo a vosotros doce, y uno de vosotros es un diablo? (Juan VI, 71), debemos entender que aquellos fueron elegidos por misericordia, y aquel por juicio; aquellos para obtener su reino, y aquel para derramar su sangre.

15. Con razón sigue la voz hacia el reino de los elegidos: Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? ¿Dios, el que justifica? ¿Quién condenará? Cristo, el que murió, más aún, el que también resucitó, el que está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. Qué fuerte es el don de la perseverancia hasta el fin que han recibido, que continúen y digan: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿tribulación? ¿o angustia? ¿o persecución? ¿o hambre? ¿o desnudez? ¿o peligro? ¿o espada? Como está escrito, Por causa de ti somos muertos todo el día; somos contados como ovejas para el matadero. Pero en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni potestades, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Romanos VIII, 31-39).

16. Estos son significados a Timoteo, donde después de haber dicho que Himeneo y Fileto trastornan la fe de algunos; se añadió enseguida, Pero el fundamento firme de Dios está, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos (II Tim. II, 19). La fe de estos, que obra por el amor, ciertamente o no falla en absoluto, o si hay algunos cuya fe falla, es restaurada antes de que esta vida termine, y borrada la iniquidad que se interpuso, se cuenta la perseverancia hasta el fin. Pero aquellos que no van a perseverar, y así van a caer de la fe cristiana y de la vida, de modo que el fin de esta vida los encuentre así; sin duda no deben ser contados en el número de estos en ese tiempo en que viven bien y piadosamente. Porque no han sido separados de esa masa de perdición por la presciencia y predestinación de Dios; y por eso no son llamados según el propósito, y por tanto no son elegidos: sino que están entre los llamados, de los cuales se dijo, Muchos son llamados; no entre aquellos de los cuales se dijo, pero pocos elegidos. Y sin embargo, ¿quién negará que son elegidos, cuando creen, y son bautizados, y viven según Dios? Claramente son llamados elegidos por aquellos que no saben qué serán en el futuro, no por aquel que sabe que no tienen la perseverancia que lleva a la vida bienaventurada, y sabe que están de pie de tal manera que ha previsto que caerán.

CAPÍTULO VIII.

17. Aquí, si se me pregunta por qué Dios no dio la perseverancia a aquellos a quienes dio el amor con el que vivieran cristianamente, respondo que lo ignoro. Porque no con arrogancia, sino reconociendo mi medida, escucho al Apóstol diciendo, Oh hombre, ¿quién eres tú para responder a Dios? (Romanos IX, 20) y, ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! (Id. XI, 33). Por tanto, en cuanto a lo que se digna manifestarnos de sus juicios, demos gracias: y en cuanto a lo que se digna ocultar, no murmuremos contra su consejo, sino creamos que esto también es muy saludable para nosotros. Pero tú, quienquiera que seas, enemigo de su gracia, que así preguntas, ¿qué dices tú? Bien, que no niegas ser cristiano, y te jactas de ser católico. Si, por tanto, confiesas que es don de Dios perseverar en el bien hasta

el fin; ¿por qué este don lo recibe uno y no otro? Creo que no sabes esto igual que yo, y ambos aquí no podemos penetrar los inescrutables juicios de Dios. O si dices que pertenece al libre albedrío del hombre, que no defiendes según la gracia de Dios, sino contra ella, que cada uno persevere en el bien o no persevere, no por el don de Dios si persevera, sino por la voluntad humana que lo hace; ¿qué vas a hacer contra las palabras del que dice, He rogado por ti, Pedro, para que tu fe no falte (Lucas XXII, 32)? ¿O te atreverás a decir que incluso rogando Cristo para que la fe de Pedro no fallara, habría fallado si Pedro hubiera querido que fallara, es decir, si no hubiera querido que perseverara hasta el fin? como si Pedro de alguna manera quisiera otra cosa que no fuera lo que Cristo rogó para que él quisiera. Porque, ¿quién ignora que la fe de Pedro habría perecido si la voluntad misma, por la cual era fiel, hubiera fallado; y que habría permanecido si esa misma voluntad hubiera permanecido? Pero porque la voluntad es preparada por el Señor (Prov. VIII, según LXX); por eso la oración de Cristo por él no podría ser en vano. Cuando rogó, por tanto, para que su fe no fallara, ¿qué otra cosa rogó, sino para que tuviera en la fe una voluntad libérrima, fortísima, invictísima, perseverantísima? He aquí cómo se defiende la libertad de la voluntad según la gracia de Dios, no contra ella. Porque la voluntad humana no alcanza la gracia por la libertad, sino más bien la gracia alcanza la libertad, y para que persevere, una perpetuidad deleitable, y una fortaleza insuperable.

18. Es ciertamente admirable, y muy admirable, que Dios no dé a algunos de sus hijos, a quienes ha regenerado en Cristo, a quienes ha dado fe, esperanza, amor, la perseverancia; mientras que a los hijos de extraños les perdona crímenes tan grandes, y con la gracia impartida los hace sus lirios. ¿Quién no se maravilla de esto? ¿quién no se asombra vehementemente de esto? Pero también aquello no es menos admirable, y sin embargo es verdad, y tan manifiesto, que ni siquiera los enemigos de la gracia de Dios pueden encontrar cómo negarlo, que a algunos hijos de sus amigos, es decir, de los regenerados y buenos fieles, que salen de aquí como párvulos sin Bautismo, a quienes ciertamente si quisiera les procuraría la gracia de este lavacro, en cuyo poder están todas las cosas, los aleja de su reino, al cual envía a sus padres, y a algunos hijos de sus enemigos los hace llegar a manos de cristianos, y por este lavacro los introduce en el reino, del cual sus padres están alejados; cuando ni aquellos tienen mal, ni estos buen mérito alguno, siendo párvulos, de su propia voluntad. Ciertamente aquí los juicios de Dios, porque son justos y altos, no pueden ser vituperados ni penetrados. En estos está también aquello de la perseverancia, de la cual ahora discutimos. Por tanto, de ambos exclamemos, ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios!

19. Y no nos asombremos de no poder investigar sus caminos ininvestigables. Pues para no mencionar otras innumerables cosas, que a unos se les dan, a otros no se les dan por el Señor Dios, en quien no hay acepción de personas (Romanos II, 11), ni se atribuyen estas cosas a los méritos de las voluntades, como son las velocidades, las fuerzas, las buenas salud, y las bellezas de los cuerpos, los ingenios admirables, y las naturalezas de las mentes capaces de muchas artes; o las que se añaden externamente, como son la opulencia, la nobleza, los honores, y otras cosas de este tipo, que nadie puede tener sino está en el poder de Dios: para no detenerme también en el Bautismo de los párvulos (que ninguno de estos puede decir, como aquellas cosas, que no pertenece al reino de Dios), ¿por qué se da a ese párvulo, y no a aquel; cuando ambas cosas están en el poder de Dios, y sin ese Sacramento nadie entra en el reino de Dios: para no mencionar o dejar estas cosas, miren a aquellos mismos de quienes se trata. Porque estamos discutiendo sobre aquellos que no tienen la perseverancia en la bondad, sino que mueren con la buena voluntad fallando en el mal. Que respondan, si pueden, por qué Dios, cuando vivían fiel y piadosamente, no los arrebató entonces de los peligros de esta vida,

para que la malicia no cambiara su entendimiento, y para que la ficción no engañara sus almas. ¿Acaso no tuvo esto en su poder, o no conocía sus males futuros? Sin duda, nada de esto se dice sino de manera muy perversa y loca. ¿Por qué, entonces, no lo hizo? Que respondan quienes se burlan de nosotros, cuando en tales asuntos exclamamos, ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! Porque tampoco Dios no da esto a quienes quiere, o acaso miente aquella Escritura que dice sobre la muerte como inmadura de un hombre justo, Fue arrebatado, para que la malicia no cambiara su entendimiento, o para que la ficción no engañara su alma (Sab. IV, 11). ¿Por qué, entonces, Dios da este gran beneficio a unos y no a otros, en quien no hay iniquidad, ni acepción de personas, y en cuyo poder está cuánto tiempo permanece cada uno en esta vida, que se ha llamado tentación sobre la tierra (Job VII, 1)? Así como se ven obligados a admitir que es don de Dios que un hombre termine esta vida antes de que se cambie de bueno a malo; pero por qué se da a unos y no a otros, lo ignoran: así también admitan con nosotros que es don de Dios la perseverancia en el bien según las Escrituras, de las cuales ya he puesto muchos testimonios; y por qué se da a unos y no a otros, dignense ignorarlo con nosotros sin murmurar contra Dios.

CAPÍTULO IX.

20. No nos perturbe que Dios no dé esta perseverancia a algunos de sus hijos. Porque no sería así si fueran de aquellos predestinados y llamados según el propósito, que verdaderamente son hijos de la promesa. Pues estos, cuando viven piadosamente, son llamados hijos de Dios: pero porque van a vivir impiamente y a morir en esa impiedad, Dios no los llama hijos por su presciencia. Porque hay hijos de Dios que aún no son para nosotros, y ya son para Dios; de los cuales dice el evangelista Juan, Que Jesús iba a morir por la nación, y no solo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios dispersos (Juan XI, 51, 52): lo cual ciertamente iban a ser creyendo por la predicación del Evangelio; y sin embargo, antes de que se hiciera, ya eran hijos de Dios en la inquebrantable estabilidad del memorial de su Padre. Y hay, por otro lado, algunos que son llamados hijos de Dios por la gracia recibida temporalmente por nosotros, pero no lo son para Dios: de los cuales dice el mismo Juan, Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Juan II, 19). No dice, salieron de nosotros, pero porque no permanecieron con nosotros, ya no son de nosotros; sino que dice, Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; es decir, Y cuando parecían estar entre nosotros, no eran de nosotros. Y como si se le dijera, ¿De dónde lo muestras? Porque si hubieran sido, dice, de nosotros, habrían permanecido con nosotros. La voz de los hijos de Dios es: Juan habla, colocado en un lugar principal entre los hijos de Dios. Por tanto, cuando los hijos de Dios dicen de aquellos que no tuvieron perseverancia, Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros; y añaden, Porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros: ¿qué otra cosa dicen, sino que no eran hijos, incluso cuando estaban en la profesión y nombre de hijos? no porque simularan justicia; sino porque no permanecieron en ella. Porque no dice, Porque si hubieran sido de nosotros, habrían tenido justicia verdadera, no fingida, con nosotros: sino, si hubieran sido, dice, de nosotros, habrían permanecido con nosotros. Sin duda quería que permanecieran en el bien. Por tanto, estaban en el bien, pero porque no permanecieron en él, es decir, no perseveraron hasta el fin, no eran, dice, de nosotros, incluso cuando estaban con nosotros; esto es, no eran del número de los hijos, incluso cuando estaban en la fe de los hijos: porque los que verdaderamente son hijos, han sido conocidos de antemano y predestinados conformes a la imagen de su Hijo, y llamados según el propósito. Porque no perece el hijo de la promesa, sino el hijo de perdición (Juan XVII, 12).

21. Por tanto, estos fueron de la multitud de los llamados: pero no fueron de la escasez de los elegidos. Por tanto, Dios no dio la perseverancia a sus hijos predestinados; porque la tendrían

si estuvieran en ese número de hijos: y ¿qué tendrían que no hubieran recibido, según la verdadera y apostólica sentencia (I Cor. IV, 7)? Por tanto, tales hijos habrían sido dados a Cristo, como él mismo dice al Padre, Para que todo lo que me diste, no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan III, 15, y VI, 39). Por tanto, estos se entienden dados a Cristo, que están ordenados para vida eterna. Ellos son aquellos predestinados y llamados según el propósito, de los cuales ninguno perece. Por tanto, ninguno de ellos termina esta vida cambiado del bien al mal; porque así está ordenado, y por eso dado a Cristo, para que no perezca, sino que tenga vida eterna. Y nuevamente, aquellos que decimos que son sus enemigos, o los párvulos hijos de sus enemigos, cualquiera de ellos que va a regenerar de tal manera que en esa fe que obra por el amor, terminen esta vida; ya antes de que esto suceda, en esa predestinación son sus hijos, y han sido dados a Cristo su Hijo, para que no perezcan, sino que tengan vida eterna.

22. Finalmente, el mismo Salvador dice: "Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos" (Juan VIII, 31). ¿Acaso Judas, que no permaneció en su palabra, debe contarse entre ellos? ¿Acaso deben contarse entre ellos aquellos de quienes el Evangelio habla así, cuando el Señor, después de haber recomendado comer su carne y beber su sangre, el evangelista dice: "Dijo esto enseñando en la sinagoga, en Cafarnaúm. Muchos de sus discípulos, al oírlo, dijeron: 'Este discurso es duro, ¿quién puede escucharlo?' Pero Jesús, sabiendo en su interior que sus discípulos murmuraban sobre esto, les dijo: '¿Esto os escandaliza? ¿Y si vierais al Hijo del Hombre ascender a donde estaba antes? El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen'. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo iba a traicionar; y decía: 'Por eso os he dicho que nadie puede venir a mí si no le es dado por el Padre'. Desde entonces, muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él" (Juan VI, 60-67). ¿Acaso no fueron llamados discípulos también estos, según el Evangelio? Y sin embargo, no eran verdaderamente discípulos, porque no permanecieron en su palabra, según lo que dijo: "Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos". Por lo tanto, como no tuvieron perseverancia, así como no fueron verdaderamente discípulos de Cristo, tampoco fueron verdaderamente hijos de Dios, incluso cuando parecían serlo y así eran llamados. Por lo tanto, llamamos a nosotros mismos elegidos, discípulos de Cristo, e hijos de Dios, porque así deben ser llamados aquellos que vemos vivir piadosamente regenerados: pero verdaderamente son lo que se les llama, si permanecen en aquello por lo que se les llama así. Pero si no tienen perseverancia, es decir, si no permanecen en lo que comenzaron a ser, no son verdaderamente llamados lo que se les llama y no lo son: porque ante Él no son eso, quien sabe lo que serán, es decir, de buenos a malos.

23. Por eso el Apóstol, cuando dijo: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien", sabiendo que algunos aman a Dios y no permanecen en ese bien hasta el fin, añadió inmediatamente: "a los que conforme a su propósito son llamados". Porque estos permanecen en el amor a Dios hasta el fin; y los que se desvían por un tiempo, regresan, para que lleven hasta el fin lo que comenzaron a ser en el bien. Mostrando además qué significa ser llamado según el propósito, añadió inmediatamente lo que ya he mencionado antes: "Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, a estos también llamó, es decir, según el propósito; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó" (Rom. VIII, 28-30). Todo eso ya se ha hecho: conoció, predestinó, llamó, justificó; porque todos ya han sido conocidos y predestinados, y muchos ya han sido llamados y justificados: pero lo que puso al final, "a

estos también glorificó" (si bien esa gloria debe entenderse aquí, de la que dice: "Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria" [Col. III, 4]), aún no se ha hecho. Aunque esos dos, es decir, llamó y justificó, no se han hecho en todos de quienes se dijo; pues hasta el fin del mundo muchos serán llamados y justificados: y sin embargo, usó palabras en tiempo pasado sobre cosas futuras, como si Dios ya hubiera hecho lo que desde la eternidad dispuso que se hiciera. Por eso el profeta Isaías dice de Él: "El que hizo las cosas futuras" (Isaías XLV, según la LXX). Por lo tanto, cualquiera que en la disposición más providente de Dios ha sido conocido, predestinado, llamado, justificado, glorificado, no digo aún no renacido, sino incluso aún no nacido, ya es hijo de Dios, y de ninguna manera puede perecer. Estos verdaderamente vienen a Cristo; porque vienen de la manera que Él dice: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que viene a mí, no lo echaré fuera. Y poco después, dice: "Esta es la voluntad del Padre que me envió, que de todo lo que me ha dado no pierda nada" (Juan VI, 37, 39). Por lo tanto, también se da de Él la perseverancia en el bien hasta el fin: porque no se da, sino a aquellos que no perecerán; porque los que no perseveran perecerán.

24. A tales que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien; tanto es así que incluso si algunos de ellos se desvían y se extravían, incluso esto mismo les hace progresar en el bien, porque regresan más humildes y más sabios. Aprenden que en el mismo camino deben exultar con temblor, no arrogándose a sí mismos la confianza de permanecer como si fuera por su propia virtud, ni diciendo en su abundancia: "No seré movido para siempre". Por eso se les dice: "Servid al Señor con temor, y alegraos con temblor, no sea que se enoje el Señor, y perezcais en el camino justo" (Salmo II, 11, 12). Porque no dijo: "Y no vengáis al camino justo"; sino, "no perezcais", dijo, "del camino justo": mostrando que son advertidos aquellos que ya caminan en el camino justo, para que sirvan a Dios con temor, es decir, no sean altivos, sino teman (Rom. XI, 20); lo que significa, no sean soberbios, sino humildes: de donde también en otro lugar dice: "No seáis altivos, sino asociándoos con los humildes" (Rom. XII, 16): exulten en Dios, pero con temblor; no gloriándose en nada, cuando nada es nuestro; para que el que se gloria, se gloríe en el Señor (Jeremías IX, 23, 24): no sea que perezcan del camino justo, en el que ya han comenzado a caminar, mientras se atribuyen a sí mismos esto mismo, que están en él. Estas palabras también las usó el Apóstol, donde dice: "Con temor y temblor trabajad vuestra propia salvación. Y mostrando por qué con temor y temblor: "Porque Dios es el que en vosotros obra tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filipenses II, 12, 13). Porque no tenía este temor y temblor, quien decía en su abundancia: "No seré movido para siempre". Pero porque era hijo de la promesa, no de la perdición, experimentó, al ser dejado un poco por Dios, qué era él mismo: "Señor", dice, "en tu voluntad has dado fortaleza a mi gloria; apartaste tu rostro de mí, y fui turbado" (Salmo XXIX, 7, 8). He aquí, más sabio, y por eso también más humilde, mantuvo el camino, ya viendo y confesando que en su voluntad Dios había dado fortaleza a su gloria: lo que atribuyéndose a sí mismo y presumiendo de sí mismo en tal abundancia que Dios había dado, no de aquel que la había dado, decía: "No seré movido para siempre". Por lo tanto, fue turbado, para encontrarse a sí mismo, y siendo humildemente sabio, no solo de la vida eterna, sino también en esta vida de piadosa conversación y perseverancia, en la que debía tener esperanza, aprendió. Esta voz también pudo ser del apóstol Pedro: pues él mismo había dicho en su abundancia: "Mi alma pondré por tí" (Juan XIII, 37); atribuyéndose apresuradamente a sí mismo lo que le iba a ser dado por el Señor después. Pero el Señor apartó su rostro de él, y fue turbado, de tal manera que, temiendo morir por él, lo negó tres veces. Pero el Señor volvió a él su rostro, y lavó su culpa con lágrimas. ¿Qué es sino "lo miró" (Lucas XXII, 61); sino que el rostro, que había apartado un poco de él, lo volvió hacia él? Por lo tanto, había sido turbado: pero porque aprendió a no confiar en sí mismo, incluso esto le aprovechó para

bien, haciendo aquel que a los que le aman todas las cosas les ayudan a bien; porque había sido llamado según el propósito, para que nadie pudiera arrebatarlo de la mano de Cristo, a quien había sido dado.

25. Por lo tanto, nadie diga que no debe corregirse al que se desvía del camino justo, sino que solo debe pedirse al Señor su regreso y perseverancia: nadie prudente y fiel diga esto. Porque si según el propósito ha sido llamado este, sin duda, incluso el hecho de que sea corregido, Dios lo coopera para bien. Pero si es así llamado, ya que quien corrige no lo sabe, haga él mismo con caridad lo que sabe que debe hacerse: pues sabe que tal debe ser corregido; haciendo Dios o misericordia, o juicio: misericordia, si de la masa de perdición aquel que es corregido ha sido separado por la largueza de la gracia, y no está entre los vasos de ira que han sido preparados para perdición, sino entre los vasos de misericordia que Dios ha preparado para gloria (Rom. IX, 22, 23); juicio, si está condenado entre aquellos, no está predestinado entre estos.

CAPÍTULO X.

26. Aquí surge otra cuestión, no ciertamente despreciable, sino que con la ayuda del Señor, en cuyas manos estamos nosotros y nuestras palabras (Sab. VII, 16), debe abordarse y resolverse. Se nos pregunta, en cuanto a este don de Dios, que es perseverar en el bien hasta el fin, qué pensamos del primer hombre, que ciertamente fue hecho recto sin ningún vicio. Y no digo: Si no tuvo perseverancia, ¿cómo fue sin vicio, a quien le faltó un don de Dios tan necesario? A esta pregunta se responde fácilmente, que no tuvo perseverancia porque no perseveró en el bien en el que fue sin vicio: pues comenzó a tener vicio desde que cayó; y si comenzó, antes de que comenzara, ciertamente fue sin vicio. Es diferente no tener vicio; y es diferente no permanecer en esa bondad en la que no hay vicio. Pues por el mismo hecho de que no se dice que nunca fue sin vicio, sino que se dice que no permaneció sin vicio, sin duda se demuestra que fue sin vicio, en el bien en el que se le culpa por no haber permanecido. Pero más bien debe investigarse y tratarse con más esfuerzo cómo responder a aquellos que dicen: "Si en aquella rectitud en la que fue hecho sin vicio, tuvo perseverancia, sin duda perseveró en ella: y si perseveró, ciertamente no pecó, ni abandonó su rectitud y a Dios. Pero que pecó, y fue desertor del bien, la verdad lo proclama. Por lo tanto, no tuvo perseverancia en aquel bien: y si no la tuvo, no la recibió. ¿Cómo pudo haber recibido perseverancia, y no haber perseverado? Pero si por eso no la tuvo, porque no la recibió; ¿qué pecó él al no perseverar, quien no recibió perseverancia? Pues no puede decirse que no la recibió porque no fue separado de la masa de perdición por la largueza de la gracia. Pues aún no existía aquella masa de perdición en el género humano antes de que pecara, de la cual se extrajo el origen viciado."

27. Por lo tanto, confesamos muy saludablemente, lo que creemos con toda rectitud, que Dios, Señor de todas las cosas, que creó todo muy bueno, y previó que de los buenos surgirían los malos, y supo que pertenecía más a su bondad omnipotente hacer bien de los males, que no permitir que existieran los males, ordenó así la vida de los ángeles y de los hombres, para que en ella primero mostrara lo que podía su libre albedrío, y luego lo que podía el beneficio de su gracia y el juicio de su justicia. Por lo tanto, algunos ángeles, cuyo príncipe es el que se llama diablo, por libre albedrío se hicieron desertores del Señor Dios. Sin embargo, al huir de su bondad, por la cual fueron bienaventurados, no pudieron escapar de su juicio, por el cual se hicieron miserables. Pero los demás, por el mismo libre albedrío, permanecieron en la verdad, y merecieron saber con certeza que nunca caerían. Pues si nosotros pudimos saber por las Escrituras sagradas que ya no caerán santos ángeles; cuánto más ellos mismos, con la verdad revelada más sublimemente, lo saben. Porque a nosotros se

nos ha prometido una vida bienaventurada sin fin, y la igualdad con los ángeles: de la cual promesa estamos seguros de que, cuando llegemos a esa vida después del juicio, no caeremos de ella: lo que si los ángeles no lo saben de sí mismos, no seremos iguales, sino más bienaventurados. Pero la verdad nos ha prometido igualdad con ellos (Mat. XXII, 30). Por lo tanto, es cierto que ellos saben esto por visión, lo que nosotros por fe, que no habrá ya ninguna caída de ningún ángel santo. El diablo y sus ángeles, aunque eran bienaventurados antes de caer, y no sabían que caerían en miseria, sin embargo, había aún algo que añadir a su bienaventuranza, si por libre albedrío hubieran permanecido en la verdad, hasta que recibieran esta plenitud de bienaventuranza, como premio de su permanencia, es decir, que con la gran abundancia de caridad de Dios dada por el Espíritu Santo, ya no pudieran caer, y supieran esto con certeza. No tenían esta plenitud de bienaventuranza: pero porque no sabían su futura miseria, disfrutaban de una bienaventuranza menor, pero sin ningún vicio. Pues si supieran su futura caída y eterno suplicio, no podrían ser bienaventurados, a quienes el temor de tal mal ya entonces los obligaría a ser miserables.

28. Así también hizo al hombre con libre albedrío, y aunque ignorante de su futura caída, sin embargo bienaventurado, porque sentía que no morir ni ser miserable estaba en su poder. En ese estado recto y sin vicio, si hubiera querido permanecer por el mismo libre albedrío, ciertamente sin ninguna experiencia de muerte e infelicidad, habría recibido aquella plenitud de bienaventuranza, como mérito de esta permanencia, con la que los santos ángeles son bienaventurados, es decir, que ya no podría caer, y lo sabría con certeza. Pues tampoco él podría ser bienaventurado incluso en el paraíso, más bien no estaría allí, donde no sería apropiado ser miserable, si el conocimiento de su futura caída y el temor de tal mal ya lo hicieran miserable. Pero porque por libre albedrío abandonó a Dios, experimentó el justo juicio de Dios, para que con toda su descendencia, que en él aún estaba toda puesta y con él pecó, fuera condenado. Pues cuantos de esta descendencia son liberados por la gracia de Dios, son liberados de la condenación a la que ya están sujetos. Por lo cual, incluso si ninguno fuera liberado, nadie podría justamente reprochar el justo juicio de Dios. Por lo tanto, el hecho de que pocos en comparación con los que perecen, pero muchos en su propio número sean liberados, se hace por gracia, se hace gratuitamente, se deben dar gracias porque se hace, para que nadie se ensalce como si fuera por sus propios méritos, sino que toda boca se cierre (Rom. III, 19), y el que se gloría, se gloríe en el Señor.

CAPÍTULO XI.

29. ¿Qué, pues? ¿No tuvo Adán la gracia de Dios? Más bien, tuvo una gran gracia, pero diferente. Él estaba en bienes que recibió de la bondad de su Creador: pues no adquirió esos bienes por sus méritos, en los cuales no sufría ningún mal. Los santos, en cambio, en esta vida, a quienes pertenece esta gracia de liberación, están en males, de los cuales claman a Dios: "Líbranos del mal" (Mat. VI, 13). Él en esos bienes no necesitó la muerte de Cristo: a estos, el sangre del Cordero los absuelve de la culpa hereditaria y propia. Él no necesitaba aquella ayuda que imploran estos cuando dicen: "Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor" (Rom. VII, 23-25). Porque en ellos la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17), y en tal lucha, trabajando y en peligro, piden que se les dé la virtud de luchar y vencer por la gracia de Cristo. Él, sin ninguna tal contienda de sí mismo contra sí mismo, tentado y turbado, en aquel lugar de bienaventuranza disfrutaba de su paz consigo mismo.

30. Por lo tanto, aunque no estén ahora más alegres; sin embargo, necesitan una gracia más poderosa: ¿y qué gracia es más poderosa que el Hijo unigénito de Dios, igual al Padre y coeterno, hecho hombre por ellos, y crucificado por los pecadores sin tener pecado alguno, ni original ni propio? Quien, aunque resucitó al tercer día, nunca más morirá; sin embargo, soportó la muerte por los mortales, quien dio vida a los muertos, para que, redimidos por su sangre, con tan grande y tal prenda recibida, dijeran: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Rom. VIII, 31, 32). Por lo tanto, Dios asumió nuestra naturaleza, es decir, el alma racional y la carne del hombre Cristo, en una asunción singularmente maravillosa o maravillosamente singular, para que, sin méritos precedentes de su justicia, el Hijo de Dios fuera así desde el principio en que comenzó a ser hombre, que él mismo y el Verbo, que es sin principio, fueran una sola persona. Pues nadie es tan ciego en la ignorancia de esta realidad y fe, que se atreva a decir, aunque nacido del Espíritu Santo y de la Virgen María, que el Hijo del hombre mereció ser Hijo de Dios por el libre albedrío viviendo bien y haciendo buenas obras sin pecado, resistiendo al Evangelio que dice: El Verbo se hizo carne (Juan I, 14). Pues, ¿dónde ocurrió esto, sino en el vientre virginal, donde fue el inicio del hombre Cristo? Asimismo, cuando la Virgen preguntó cómo sucedería lo que le anunciaba el ángel, el ángel respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, lo que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios (Luc. I, 35). Por eso, dijo: no por las obras, que ciertamente no existen en quien aún no ha nacido; sino por eso, porque el Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, lo que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios. Este nacimiento ciertamente gratuito unió en la unidad de la persona al hombre con Dios, la carne con el Verbo. Este nacimiento fue seguido por buenas obras, no fueron las buenas obras las que lo merecieron. Pues no había que temer que de este modo inefable, en la unidad de la persona asumida por el Verbo Dios, la naturaleza humana pecara por el libre albedrío de la voluntad, ya que tal era la asunción, que la naturaleza del hombre asumida por Dios no admitía en sí ningún movimiento de mala voluntad. Por este Mediador, Dios mostró que a aquellos a quienes redimió con su sangre, los hace de malos en adelante eternamente buenos, a quien así asumió, para que nunca fuera malo, ni hecho bueno desde el mal.

31. Esta gracia no la tuvo el primer hombre, por la cual nunca quisiera ser malo; pero ciertamente la tuvo, en la cual si quisiera permanecer, nunca sería malo, y sin la cual, incluso con libre albedrío, no podría ser bueno, pero sin embargo, podría abandonarla por libre albedrío. Por lo tanto, Dios no quiso que él existiera sin su gracia, la cual dejó en su libre albedrío. Porque el libre albedrío es suficiente para el mal, pero es poco para el bien, a menos que sea ayudado por el bien omnipotente. Si aquel hombre no hubiera abandonado esta ayuda por libre albedrío, siempre habría sido bueno: pero la abandonó, y fue abandonado. Tal era la ayuda, que la abandonaría cuando quisiera. Esta es la primera gracia que se dio al primer Adán: pero es más poderosa en el segundo Adán. La primera es por la cual el hombre tiene justicia si quiere: la segunda, por lo tanto, puede más, por la cual también se hace que quiera, y quiera tanto, y ame con tanto ardor, que con la voluntad del espíritu venza la voluntad de la carne que concupisce lo contrario. Ni siquiera era pequeña aquella, por la cual se demostró también el poder del libre albedrío, ya que era ayudado de tal manera, que sin esta ayuda no permanecería en el bien, pero si quisiera, abandonaría esta ayuda. Esta, sin embargo, es mucho mayor, de modo que es poco para el hombre por ella recuperar la libertad perdida, es poco, en definitiva, no poder sin ella ni siquiera alcanzar el bien, ni permanecer en el bien si quiere, a menos que también se haga que quiera.

32. Entonces, Dios dio al hombre una buena voluntad; en ella lo hizo quien lo hizo recto: le dio ayuda, sin la cual no podría permanecer en ella si quisiera; pero para que quisiera, lo dejó en su libre albedrío. Por lo tanto, podría permanecer si quisiera: porque no faltaba la ayuda por la cual podría, y sin la cual no podría mantener firmemente el bien que quisiera. Pero porque no quiso permanecer, ciertamente es su culpa, cuyo mérito habría sido si hubiera querido permanecer: como hicieron los ángeles santos, que mientras otros caían por libre albedrío, por el mismo libre albedrío permanecieron ellos, y merecieron recibir la debida recompensa de esta permanencia, a saber, tal plenitud de bienaventuranza, que les es certísimo que siempre permanecerán en ella. Pero si esta ayuda hubiera faltado al ángel o al hombre, cuando fueron hechos por primera vez; porque no se hizo tal naturaleza, que pudiera permanecer sin la ayuda divina si quisiera, ciertamente no habrían caído por su culpa: pues habría faltado la ayuda, sin la cual no podrían permanecer. Ahora bien, a quienes les falta tal ayuda, ya es el castigo del pecado: pero a quienes se les da, se da según la gracia, no según el mérito; y se da tanto más por Jesucristo nuestro Señor, a quienes a Dios le plació darlo, para que no solo esté presente sin el cual no podemos permanecer, incluso si queremos, sino que también sea tanto y tal, que queramos. Pues se hace en nosotros por esta gracia de Dios en recibir el bien y mantenerlo firmemente, no solo poder lo que queremos, sino también querer lo que podemos. Lo que no fue en el primer hombre: uno de estos estaba en él, el otro no estaba. Pues para recibir el bien, no necesitaba gracia, porque aún no lo había perdido: pero para permanecer en él, necesitaba la ayuda de la gracia, sin la cual no podría en absoluto: y había recibido poder si quisiera, pero no tenía querer lo que podía; pues si lo hubiera tenido, habría perseverado. Pues podría perseverar si quisiera: lo cual, para que no quisiera, descendió del libre albedrío; que entonces era tan libre, que podía querer bien y mal. ¿Qué será más libre que el libre albedrío, cuando no podrá servir al pecado, que habría de ser la recompensa del mérito tanto para el hombre como para los ángeles santos? Ahora bien, con el mérito del bien perdido por el pecado, en aquellos que son liberados se ha hecho el don de la gracia, que habría de ser la recompensa del mérito.

CAPÍTULO XII.

33. Por lo tanto, es necesario observar diligente y atentamente en qué se diferencian estas dos cosas entre sí; poder no pecar, y no poder pecar, poder no morir, y no poder morir, poder no abandonar el bien, y no poder abandonar el bien. Pues el primer hombre pudo no pecar, pudo no morir, pudo no abandonar el bien. ¿Acaso diremos, No pudo pecar, quien tenía tal libre albedrío? o, No pudo morir, a quien se le dijo, Si pecas, morirás (Gen. II, 17)? o, No pudo abandonar el bien, cuando lo abandonó pecando, y por eso murió? La primera libertad de la voluntad era, poder no pecar; la última será mucho mayor, no poder pecar: la primera inmortalidad era, poder no morir; la última será mucho mayor, no poder morir: la primera era el poder de la perseverancia, poder no abandonar el bien; la última será la felicidad de la perseverancia, no poder abandonar el bien. ¿Acaso, porque los últimos bienes serán mejores y más excelentes, por eso los primeros fueron o nulos o pequeños?

34. Asimismo, deben distinguirse las ayudas mismas. Una cosa es la ayuda sin la cual algo no se hace, y otra cosa es la ayuda por la cual algo se hace. Pues sin alimentos no podemos vivir, pero aunque los alimentos estén presentes, no hacen que viva quien quiera morir. Por lo tanto, la ayuda de los alimentos es sin la cual no se hace, no por la cual se hace que vivamos. Pero la bienaventuranza que el hombre no tiene, cuando se le da, inmediatamente se hace bienaventurado. Pues es una ayuda no solo sin la cual no se hace, sino también por la cual se hace para lo que se da. Por lo tanto, esta ayuda es tanto por la cual se hace, como sin la cual no se hace: porque si se da la bienaventuranza al hombre, inmediatamente se hace bienaventurado; y si nunca se da, nunca será. Los alimentos, sin embargo, no hacen

consecuentemente que el hombre viva: pero sin ellos no puede vivir. Al primer hombre, que en aquel bien en que fue hecho recto había recibido poder no pecar, poder no morir, poder no abandonar el bien mismo, se le dio la ayuda de la perseverancia, no por la cual se hiciera que perseverara, sino sin la cual por libre albedrío no podría perseverar. Ahora bien, a los santos predestinados al reino de Dios por la gracia de Dios no se les da tal ayuda de perseverancia, sino tal que se les da la misma perseverancia; no solo para que sin este don no puedan ser perseverantes, sino también para que por este don no sean sino perseverantes. Pues no solo dijo, Sin mí nada podéis hacer: sino que también dijo, No me elegisteis vosotros a mí; sino que yo os elegí a vosotros, y os puse para que vayáis, y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca (Juan XV, 5, 16). Con estas palabras mostró que no solo les dio justicia, sino también perseverancia en ella. Pues si Cristo los pone así para que vayan, y lleven fruto, y su fruto permanezca, ¿quién se atreverá a decir, No permanecerá? ¿quién se atreverá a decir, Quizás no permanecerá? Pues los dones y la vocación de Dios son irrevocables (Rom. XI, 29): pero la vocación de aquellos que son llamados según el propósito. Por estos, pues, intercediendo Cristo para que no falte su fe, sin duda no faltará hasta el fin: y por lo tanto perseverará hasta el fin, y no la encontrará sino permaneciendo el fin de esta vida.

35. Pues se necesita una libertad mayor contra tantas y tan grandes tentaciones, que no existían en el paraíso, fortalecida y asegurada por el don de la perseverancia, para que con todos sus amores, terrores, errores, este mundo sea vencido: esto lo enseñaron los martirios de los santos. En efecto, aquel, sin que nadie lo aterrara, y además usando libre albedrío contra el mandato aterrador de Dios, no permaneció en tanta felicidad, en tanta facilidad de no pecar: pero estos, no digo aterrados por el mundo, sino perseguidos para que no permanecieran, permanecieron en la fe; cuando aquel veía los bienes presentes que iba a dejar, estos no veían los futuros que iban a recibir. ¿De dónde esto, sino del que les dio misericordia para que fueran fieles (I Cor. VII, 25), del que recibieron el espíritu, no de temor, para que cedieran a los perseguidores, sino de poder y amor y templanza (II Tim. I, 7), para que superaran todas las amenazas, todas las invitaciones, todos los tormentos? A aquel, pues, sin pecado alguno, se le dio, con la cual fue creado, la voluntad libre, y la hizo servir al pecado: pero a estos, cuando su voluntad fue esclava del pecado, fue liberada por aquel que dijo, Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan VIII, 36). Y reciben tanta libertad por esta gracia, que aunque, mientras vivan aquí, luchan contra las concupiscencias de los pecados, y se les insinúan algunas cosas por las cuales digan cada día, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12); sin embargo, no sirven más al pecado que es para muerte, del cual dice el apóstol Juan, Hay pecado para muerte; no digo que se ruegue por él (I Juan V, 16). De este pecado (puesto que no está expresado) se pueden tener muchas y diversas opiniones: pero yo digo que es el pecado de abandonar la fe que obra por el amor hasta la muerte. A este pecado ya no sirven, no por la primera condición, como aquel, libres; sino por el segundo Adán, liberados por la gracia de Dios, y con esta liberación teniendo libre albedrío para servir a Dios, no para ser cautivados por el diablo. Pues liberados del pecado, se hicieron siervos de la justicia (Rom. VI, 18), en la cual permanecerán hasta el fin, dándoles él la perseverancia, quien los predestinó, y los llamó según el propósito, y los justificó, y los glorificó; porque lo que prometió acerca de ellos, ya lo hizo futuro: a quien prometiendo creyó Abraham, y le fue contado por justicia. Pues dio gloria a Dios, creyendo plenamente, como está escrito, que lo que prometió, es poderoso para hacerlo.

36. Él, por lo tanto, los hace buenos, para que hagan el bien. Pues no los prometió a Abraham porque previó que serían buenos por sí mismos. Porque si es así, no es suyo, sino de ellos lo que prometió. Pero no así creyó Abraham, sino que, no se debilitó en la fe, dando gloria a Dios, y creyendo plenamente que lo que prometió, es poderoso para hacerlo (Rom. IV, 3, 19-

21). No dijo, Lo que previó, es poderoso para prometer; o, Lo que predijo, es poderoso para mostrar; o, Lo que prometió, es poderoso para prever: sino, lo que prometió, es poderoso para hacerlo. Él, por lo tanto, los hace perseverar en el bien, quien los hace buenos. Pero los que caen y perecen, no estaban en el número de los predestinados. Aunque, pues, el Apóstol hablaba de todos los regenerados y que viven piadosamente, diciendo, ¿Tú quién eres que juzgas al siervo ajeno? para su señor está o cae; sin embargo, inmediatamente miró a los predestinados, y dijo, Pero estará firme: y para que no se atribuyeran esto a sí mismos, Porque poderoso es Dios, dijo, para hacerle estar firme (Id. XIV, 4). Él, por lo tanto, da la perseverancia, quien es poderoso para hacer estar firmes a los que están, para que estén firmísimamente; o restituir a los que cayeron: pues el Señor levanta a los caídos (Sal. CXLV, 8).

37. Para que, por lo tanto, el primer hombre no recibiera este don de Dios, es decir, la perseverancia en el bien, sino que se dejara en su albedrío perseverar o no perseverar, tales fuerzas tenía su voluntad, que sin pecado alguno fue instituida, y nada le resistía concupiscentemente de sí mismo, que dignamente se le confiara el albedrío de perseverar a tanta bondad y a tanta facilidad de vivir bien: Dios ciertamente sabiendo lo que injustamente iba a hacer; pero sabiendo, no obligando a ello: sino sabiendo al mismo tiempo lo que él mismo haría de él justamente. Ahora bien, después de que se ha perdido por el gran mérito del pecado aquella gran libertad, incluso mayores dones han quedado para ayudar a la debilidad. Pues agradó a Dios, para extinguir al máximo la soberbia de la presunción humana, que no se gloríe toda carne delante de él, es decir, todo hombre. ¿De qué, pues, no se gloríe la carne delante de él, sino de sus méritos? que ciertamente pudo tener, pero perdió; y por lo que pudo tener, por eso lo perdió, es decir, por el libre albedrío: por lo cual no queda para los que han de ser liberados sino la gracia del liberador. Así, pues, no se gloria toda carne delante de él. Pues no se glorían los injustos, que no tienen de qué; ni los justos, porque de él tienen de qué, ni tienen su gloria sino él mismo, a quien dicen, Mi gloria, y el que exalta mi cabeza (Sal. III, 4). Y por lo tanto, a todo hombre pertenece lo que está escrito, Para que no se gloríe toda carne delante de él. Pero a los justos aquello, El que se gloria, glorié en el Señor. Pues el Apóstol lo mostró clarísimamente, quien después de haber dicho, Para que no se gloríe toda carne delante de él; para que no pensaran los santos que se quedaban sin gloria, añadió inmediatamente, De él sois vosotros en Jesucristo, quien se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención; para que, como está escrito, El que se gloria, glorié en el Señor (I Cor. I, 29-31). De aquí es que en este lugar de miserias, donde la vida humana es tentación sobre la tierra (Job VII, 1), la virtud se perfecciona en la debilidad (II Cor. XII, 9): ¿qué virtud, sino para que el que se gloria, glorié en el Señor?

38. Y por lo tanto, Dios no quiso que sus santos se gloriasen en sus propias fuerzas, ni siquiera en la perseverancia del bien, sino en Él mismo: quien no solo les da una ayuda como la que dio al primer hombre, sin la cual no podrían perseverar si quisieran; sino que también obra en ellos el querer: para que, ya que no perseverarán a menos que puedan y quieran, se les conceda la posibilidad y la voluntad de perseverar por la generosidad de la gracia divina. Pues tanto se enciende su voluntad por el Espíritu Santo, que pueden porque quieren así; y quieren así porque Dios obra para que quieran. Porque si en la gran debilidad de esta vida (en la cual, sin embargo, era necesario que la virtud se perfeccionara para reprimir la soberbia) se les dejara su propia voluntad, para que permanecieran en la ayuda de Dios sin la cual no podrían perseverar si quisieran, y Dios no obrara en ellos para que quisieran, entre tantas y tan grandes tentaciones, su voluntad sucumbiría por su debilidad, y por eso no podrían perseverar, porque debilitados por la debilidad ni querrían, o no querrían con tal firmeza que pudieran. Por lo tanto, se ha socorrido a la debilidad de la voluntad humana, para que la

gracia divina actuara de manera indeclinable e inseparable; y por eso, aunque débil, no desfallecería, ni sería vencida por ninguna adversidad. Así se ha hecho que la voluntad del hombre, débil e inválida en el bien aún pequeño, perseverara por la virtud de Dios: mientras que la voluntad del primer hombre, fuerte y sana en un bien mayor, no perseveró, teniendo la virtud del libre albedrío; aunque no le faltaba la ayuda de Dios sin la cual no podría perseverar si quisiera, no obstante, no era tal que Dios obrara en él para que quisiera. Pues al más fuerte lo dejó y permitió hacer lo que quisiera: a los débiles les preservó, para que, al donárseles, quisieran invenciblemente lo que es bueno, y no quisieran invenciblemente abandonarlo. Por lo tanto, cuando Cristo dice: "He rogado por ti para que tu fe no falte" (Lucas 22, 32), entendamos que se dijo a aquel que se edifica sobre la roca. Y así, el hombre de Dios no solo porque ha alcanzado misericordia para ser fiel, sino también porque la fe misma no falla, quien se gloria, gloriése en el Señor.

CAPÍTULO XIII.

39. Hablo de aquellos que están predestinados al reino de Dios, cuyo número es tan cierto que no se añade ni se resta nadie de ellos: no de aquellos que, cuando se anunció y se habló, se multiplicaron más allá del número (Salmo 39, 6). Estos pueden ser llamados llamados, pero no elegidos, porque no son llamados según el propósito. Que el número de los elegidos sea cierto, ni aumentado ni disminuido, aunque Juan el Bautista lo indica cuando dice: "Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento; y no penséis decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras" (Mateo 3, 8-9); para mostrar que estos serán cortados si no hacen fruto, de modo que no falte el número prometido a Abraham: sin embargo, se dice más claramente en el Apocalipsis: "Retén lo que tienes, para que nadie tome tu corona" (Apocalipsis 3, 11). Porque si otro no la tomará a menos que este la pierda, el número es cierto.

40. Pero que estas cosas se digan a los santos que perseverarán, como si fuera incierto que perseverarán: no deben oírlo de otra manera aquellos a quienes conviene no ser altivos, sino temer (Romanos 11, 20). Porque, ¿quién de la multitud de fieles, mientras se vive en esta mortalidad, se atreve a presumir que está en el número de los predestinados? Porque es necesario que esto se oculte en este lugar, donde debe evitarse la soberbia, de modo que incluso por un ángel de Satanás, para que no se ensalzara, un apóstol tan grande fue abofeteado (2 Corintios 12, 7). Por eso se decía a los Apóstoles: "Si permanecéis en mí" (Juan 15, 7): diciendo aquel que ciertamente sabía que ellos permanecerían. Y por el profeta: "Si queréis y me escucháis" (Isaías 1, 19): cuando él mismo sabía en quiénes obraba el querer (Filipenses 2, 13). Y se dicen muchas cosas similares. Pues por la utilidad de este secreto, para que nadie se ensalce, sino que todos, incluso los que corren bien, teman, mientras está oculto quién llegará: por la utilidad de este secreto, se debe creer que algunos de los hijos de perdición, al no recibir el don de perseverar hasta el fin, comienzan a vivir en la fe que obra por el amor, y viven fiel y justamente por un tiempo, y luego caen, y no son quitados de esta vida antes de que esto les suceda. Si a ninguno de ellos le hubiera sucedido, los hombres tendrían este temor tan saludable, por el cual se oprime el vicio de la soberbia, hasta que llegaran a la gracia de Cristo por la cual se vive piadosamente, y de ahí en adelante ya seguros de que nunca caerían de ella. Esta presunción no es conveniente en este lugar de tentaciones, donde la debilidad es tal que la seguridad puede generar soberbia. Finalmente, esto también será; pero entonces, lo que ya es en los ángeles, también será en los hombres, cuando no pueda haber ninguna soberbia. Por lo tanto, el número de los santos predestinados por la gracia de Dios al reino de Dios, con la perseverancia concedida hasta el fin, será llevado allí íntegro, y allí será guardado íntegro y ya sin fin beatísimo, adherido a la

misericordia de su Salvador, ya sea cuando se convierten, ya sea cuando luchan, ya sea cuando son coronados.

41. Pues incluso entonces la misericordia de Dios es necesaria para ellos, como lo testifica la Sagrada Escritura, donde el santo dice de su Señor Dios a su alma: "Quien te corona con misericordia y compasión" (Salmo 102, 4). También dice el apóstol Santiago: "El juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia" (Santiago 2, 13): donde muestra que incluso en ese juicio, en el que los justos son coronados y los injustos condenados, unos serán juzgados con misericordia, otros sin misericordia. Por lo cual también la madre de los Macabeos dice a su hijo: "Para que en esa misericordia te reciba con tus hermanos" (2 Macabeos 7, 29). Porque cuando el rey justo, como está escrito, se sienta en el trono, no se opondrá ante él todo mal. ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? ¿O quién se gloriará de estar limpio de pecado? (Proverbios 20, 8-9, según la LXX). Y por lo tanto, incluso allí es necesaria la misericordia de Dios, por la cual se hace bienaventurado aquel a quien el Señor no imputó pecado (Salmo 31, 2). Pero entonces, por los méritos de las buenas obras, también se otorgará esa misma misericordia con justo juicio. Porque cuando se dice: "El juicio será sin misericordia para aquel que no hizo misericordia"; se manifiesta que en aquellos en quienes se encuentran buenas obras de misericordia, el juicio se hará con misericordia; y por lo tanto, incluso esa misma misericordia se retribuirá por los méritos de las buenas obras. No es así ahora, cuando no solo sin buenas obras, sino incluso con muchas malas obras precedentes, su misericordia previene al hombre, para que sea liberado de los males, tanto de los que hizo, como de los que habría hecho si no hubiera sido guiado por la gracia de Dios, y de los que habría sufrido eternamente si no hubiera sido rescatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino del Hijo de su amor (Colosenses 1, 13). Sin embargo, porque incluso la vida eterna misma, que es cierto que se retribuye a las buenas obras, es llamada gracia de Dios por un apóstol tan grande (Romanos 6, 23), cuando la gracia no se retribuye a las obras, sino que se da gratuitamente; sin ninguna duda debe confesarse que por eso se llama gracia a la vida eterna, porque se retribuye por aquellos méritos que la gracia confirió al hombre. Pues correctamente se entiende lo que se lee en el Evangelio, Gracia sobre gracia (Juan 1, 16), es decir, por aquellos méritos que la gracia confirió.

42. Aquellos que no pertenecen a este número de predestinados, a quienes la gracia de Dios lleva al reino, ya sea que aún no tengan ningún libre albedrío de su voluntad, o ya sea con el albedrío de la voluntad, verdaderamente libre, porque ha sido liberado por esa misma gracia: aquellos, por lo tanto, que no pertenecen a este número certísimo y felicísimo, son juzgados justamente por sus méritos. O bien yacen bajo el pecado, que arrastraron originalmente por generación, y salen de aquí con esa deuda hereditaria que no fue perdonada por la regeneración; o bien han añadido además otros pecados por su libre albedrío: albedrío, digo, libre, pero no liberado; libre para la justicia, pero siervo del pecado, por el cual se vuelven por diversas nocivas concupiscencias, unos más, otros menos; pero todos malos, y por esa misma diversidad serán juzgados con diversos castigos. O bien reciben la gracia de Dios, pero son temporales, y no perseveran; abandonan y son abandonados. Pues han sido dejados al libre albedrío, no habiendo recibido el don de la perseverancia, por el justo y oculto juicio de Dios.

CAPÍTULO XIV.

43. Por lo tanto, que los hombres soporten ser corregidos cuando pecan, y no argumenten contra la gracia por la misma corrección, ni contra la corrección por la gracia: porque tanto se debe la justa pena del pecado, como pertenece a ella la justa corrección, que se aplica medicinalmente, aunque la salvación del enfermo sea incierta: para que si aquel que es

corregido pertenece al número de los predestinados, la corrección sea un medicamento saludable para él; si no pertenece, la corrección sea un tormento penal para él. Bajo esta incertidumbre, por lo tanto, debe aplicarse con caridad, cuyo resultado se desconoce; y por aquel a quien se aplica, se debe orar para que sea sanado. Pero cuando los hombres, por la corrección, ya sea que vengan o regresen al camino de la justicia, ¿quién obra la salvación en sus corazones, sino aquel que, con cualquier plantador y regador, y con cualquier operario en los campos o viñedos, da el crecimiento Dios; a quien queriendo salvar, ningún albedrío humano resiste? Pues así como querer o no querer está en el poder del que quiere o no quiere, no impide la voluntad divina, ni supera su poder. Porque incluso de aquellos que hacen lo que Él no quiere, Él hace lo que quiere.

44. Y lo que está escrito, que quiere que todos los hombres se salven (1 Timoteo 2, 4), y sin embargo no todos se salvan, puede entenderse de muchas maneras, de las cuales hemos mencionado algunas en otros de nuestros escritos (Enchiridion, cap. 103; libro 22 de La Ciudad de Dios, caps. 1 y 2; supra, libro 4 contra Juliano, cap. 8, etc.): pero aquí diré una. Así se dijo, quiere que todos los hombres se salven, para que se entienda que son todos los predestinados; porque en ellos está todo tipo de hombres. Como se dijo a los fariseos, "Diezmáis toda hortaliza" (Lucas 11, 42): donde no se entiende sino todo lo que tenían; pues no diezmaron toda hortaliza que había en todo el orbe de la tierra. Según este modo de locución se dijo, "Como también yo complazco a todos en todo" (1 Corintios 10, 33). ¿Acaso quien dijo esto, complacía también a tantos de sus perseguidores? Pero complacía a todo tipo de hombres, que la Iglesia de Cristo congregaba, ya sea a los que ya estaban dentro, o a los que iban a ser introducidos en ella.

45. Por lo tanto, no debe dudarse que a la voluntad de Dios, quien en el cielo y en la tierra hizo todo lo que quiso (Salmo 135, 6), y quien también hizo las cosas que serán (Isaías 45, según la LXX), las voluntades humanas no pueden resistir, para que Él no haga lo que quiere: puesto que incluso de las mismas voluntades de los hombres, hace lo que quiere, cuando quiere. A menos que (para mencionar algunas de muchas) cuando Dios quiso dar el reino a Saúl, estaba en el poder de los israelitas someterse al mencionado hombre, o no someterse, lo cual estaba ciertamente en su voluntad, para que incluso pudieran resistir a Dios. Sin embargo, Él no lo hizo sino a través de las voluntades de esos hombres, sin duda teniendo la omnipotente potestad de inclinar los corazones humanos como le place. Pues así está escrito: "Y Samuel despidió al pueblo, y cada uno se fue a su lugar; y Saúl se fue a su casa en Gabaá; y fueron con Saúl los valientes cuyos corazones tocó el Señor. Y los hijos de Belial dijeron: ¿Quién nos salvará? ¿Este? Y lo despreciaron, y no le trajeron presentes" (1 Samuel 10, 25-27). ¿Acaso alguien dirá que no iría con Saúl alguno de aquellos cuyos corazones tocó el Señor para que fueran con él; o que fue alguno de los hijos de Belial, cuyos corazones no tocó para que hicieran esto? Asimismo, de David, a quien el Señor estableció en el reino con un éxito más próspero, así se lee: "Y David iba creciendo y engrandeciéndose, y el Señor estaba con él" (1 Crónicas 11, 9). Esto se dijo antes, y poco después se dice: "Y el Espíritu revistió a Amasai, jefe de los treinta, y dijo: Tuyo somos, oh David, y contigo estaremos, hijo de Isaí. Paz, paz a ti, y paz a tus ayudadores, porque tu Dios te ha ayudado". ¿Acaso este podría oponerse a la voluntad de Dios, y no más bien hacer su voluntad, quien obró en su corazón por su Espíritu con el que fue revestido, para que quisiera, dijera y hiciera esto? También poco después dice la misma Escritura: "Todos estos hombres de guerra, dispuestos en orden de batalla, vinieron con corazón pacífico a Hebrón, para hacer a David rey sobre todo Israel" (1 Crónicas 12, 18, 38). Sin duda, estos hicieron rey a David por su propia voluntad. ¿Quién no lo ve? ¿Quién lo niega? Pues no lo hicieron sin ánimo, ni sin buena voluntad, lo que hicieron con corazón pacífico: y sin embargo, esto lo obró en ellos quien

obra lo que quiere en los corazones de los hombres. Por lo cual la Escritura premisa: "Y David iba creciendo y engrandeciéndose, y el Señor omnipotente estaba con él". Y por lo tanto, el Señor omnipotente que estaba con él, trajo a estos para que lo hicieran rey. ¿Y cómo los trajo? ¿Acaso los ató con alguna cadena corporal? Obró dentro, sostuvo los corazones, movió los corazones, y los atrajo con sus voluntades, que Él mismo obró en ellos, para que quisieran. Si, por lo tanto, cuando Dios quiere establecer reyes en la tierra, tiene más en su poder las voluntades de los hombres que ellos mismos; ¿quién más hace que la corrección sea saludable, y se haga en el corazón del corregido una corrección, para que se establezca en el reino celestial?

CAPÍTULO XV.

46. Por lo tanto, que los hermanos súbditos sean corregidos por sus superiores con correcciones que vienen de la caridad, por la diversidad de las culpas, ya sean menores o mayores. Porque incluso la que se llama condenación, que hace el juicio episcopal, la mayor pena en la Iglesia, puede, si Dios quiere, ceder y aprovechar como una corrección muy saludable. Pues no sabemos qué sucederá al día siguiente; ni antes del fin de esta vida se debe desesperar de nadie; ni se puede contradecir a Dios, para que no mire y dé arrepentimiento, y al aceptar el sacrificio de un espíritu contrito y un corazón quebrantado, lo absuelva de la culpa de una condenación aunque justa, y no condene al condenado. Sin embargo, la necesidad pastoral requiere, para que no se propaguen contagios dañinos entre más, separar de las ovejas sanas a la enferma: por aquel que nada es imposible, tal vez sanando por esa misma separación. Pues no sabiendo quién pertenece al número de los predestinados, quién no pertenece; debemos estar tan afectados por el afecto de la caridad, que deseemos que todos se salven. Esto se hace, cuando intentamos llevar a cada uno, según se presenten con quienes podamos hacer esto, a que justificados por la fe tengan paz con Dios (Romanos 5, 1): la cual también predicaba el Apóstol, cuando decía: "Por Cristo, pues, somos embajadores, como si Dios exhortara por medio de nosotros: os rogamos en nombre de Cristo, reconciliaos con Dios" (2 Corintios 5, 20). ¿Qué es reconciliarse con Él, sino tener paz con Él? Por la cual paz también el mismo Señor Jesús dijo a sus discípulos: "En cualquier casa en que entréis, primero decid: Paz a esta casa; y si allí hubiere hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros" (Lucas 10, 5-6). Cuando anuncian esta paz, de quienes se ha predicho: "¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian cosas buenas!" (Isaías 52, 7). Para nosotros, entonces, comienza a ser alguien hijo de paz, cuando obedece y cree en este Evangelio, y justificado por la fe comienza a tener paz con Dios: pero según la predestinación de Dios, ya era hijo de paz. Pues no se dijo: Sobre quien repose vuestra paz, será hecho hijo de paz: sino, "Si allí hubiere", dice, "hijo de paz, vuestra paz reposará sobre esa casa". Por lo tanto, ya antes de que se le anunciara esta paz, era hijo de paz, como lo conocía y preveía no el evangelista, sino Dios. Por lo tanto, a nosotros que no sabemos quién es hijo de paz, o no lo es, nos corresponde no hacer excepción de nadie, ni discernir a nadie; sino querer que todos se salven, a quienes predicamos esta paz. Pues no se debe temer que perdamos esta paz, si aquel a quien predicamos no es hijo de paz, sin que lo sepamos: pues se volverá a nosotros, es decir, esta predicación nos aprovechará a nosotros, no a él; pero si la paz predicada reposa sobre él, tanto a nosotros como a él.

47. Por lo tanto, dado que no sabemos quiénes serán salvos, Dios nos manda desear que todos aquellos a quienes predicamos esta paz sean salvos, y Él mismo obra esto en nosotros, difundiendo esta caridad en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5): también se puede entender así, que Dios quiere que todos los hombres se salven; ya que nos hace quererlo: así como envió el Espíritu de su Hijo clamando, Abba, Padre (Gál.

IV, 6), es decir, haciéndonos clamar. De este mismo Espíritu, en otro lugar dice, Hemos recibido el Espíritu de adopción de hijos, en el cual clamamos, Abba, Padre (Rom. VIII, 15). Por lo tanto, nosotros clamamos, pero se dice que Él clama, quien hace que clamemos. Si, por lo tanto, la Escritura correctamente llama al Espíritu clamante, por quien se hace que clamemos; también correctamente se dice que Dios quiere, por quien se hace que queramos. Y por lo tanto, ya que al corregir no debemos hacer otra cosa que evitar que se alejen de esta paz que es hacia Dios, o que quien se ha alejado regrese a ella, actuemos sin desesperación en lo que hacemos. Si es hijo de paz a quien corregimos, nuestra paz descansará sobre él: si no, volverá a nosotros.

48. Aunque, por lo tanto, incluso cuando la fe de algunos se subvierte, el firme fundamento de Dios permanece, ya que el Señor conoce a los que son suyos: no por eso debemos ser perezosos y negligentes en corregir a quienes deben ser corregidos. Pues no en vano se ha dicho, Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. XV, 33); y, Perecerá el débil en tu conocimiento, hermano, por quien Cristo murió (I Cor. VIII, 11). No argumentemos contra estos preceptos y el saludable temor diciendo, Y que las malas conversaciones corrompan las buenas costumbres; Y, que perezca el débil, ¿qué nos importa? El firme fundamento de Dios permanece, y nadie perece sino el hijo de perdición.

CAPÍTULO XVI.

Lejos de nosotros creer que, charlando así, debemos estar seguros en esta negligencia. Pues es verdad que nadie perece, sino el hijo de perdición: pero Dios dice por el profeta Ezequiel, Él ciertamente morirá en su pecado, pero su sangre la demandaré de la mano del centinela (Ezequiel III, 18).

49. Por lo tanto, en cuanto a nosotros respecta, que no podemos discernir a los predestinados de los no predestinados, y por esto debemos desear que todos se salven; a todos, para que no perezcan, o no hagan perecer a otros, debemos aplicarles una corrección severa y medicinal: pero es de Dios hacerla útil para aquellos que Él mismo ha previsto y predestinado conformes a la imagen de su Hijo. Pues si a veces no corregimos por temor a que alguien perezca por ello; ¿por qué no corregimos también por temor a que alguien perezca más por ello? Pues no llevamos entrañas de amor mayores que el bienaventurado Apóstol, quien dice: Corregid a los inquietos, consolad a los pusilánimes, sostened a los débiles, sed pacientes con todos: mirad que nadie devuelva mal por mal a nadie (I Tes. V, 14, 15). Donde se debe entender que más bien se devuelve mal por mal, si no se corrige al que debe ser corregido, sino que se le descuida con una disimulación perversa. También dice: A los que pecan, repréndelos delante de todos, para que los demás tengan temor (I Tim. V, 20). Lo cual debe entenderse de aquellos pecados que no están ocultos, para que no se piense que habló contra la sentencia del Señor. Pues Él dice: Si tu hermano peca contra ti, repréndelo entre tú y él solo. Sin embargo, Él mismo lleva la severidad de la corrección hasta el punto de decir, Si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano (Mat. XVIII, 15, 17). ¿Y quién amó más a los débiles que aquel que se hizo débil por todos, y por todos fue crucificado en esa misma debilidad? Siendo así, ni la gracia prohíbe la corrección, ni la corrección niega la gracia: y por eso se debe prescribir la justicia de tal manera que se pida a Dios con oración fiel la gracia para que se haga lo que se prescribe; y ambas cosas deben hacerse de tal manera que no se descuide la justa corrección. Pero todo esto debe hacerse con caridad: porque la caridad no comete pecado, y cubre multitud de pecados.